

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Septiembre 2006 - Número 1

domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Reivindicación de Mansilla o De la parole avant tout choses

Hay que reivindicar a Mansilla. Sus causeries de los jueves son la prueba fehaciente del ser argentino: la conversación ante todo. Basta ver la cada vez mayor cantidad de gente que con un criterio poco criterioso se entrega a la osada tarea de publicar cuanta idea se le ocurra, sin tenerle el menor respeto a la palabra.

Éste es, sin ir más lejos, mi caso. No me interesa la disertación acerca de la esencia de la literatura borgeana, ni el análisis sesudo del estilo en la poesía de Rubén Darío. Mucho menos, hablar de la intertextualidad en la obra saeriana o de los homenajes que se intuyen en los textos de Ricardo Piglia. La cosa, creo, es hacer de la frase del recordado Vicente Leonides Saadi "Basta de cháchara" su perfecta antítesis: la palabra ante todo. Del contenido podemos ocuparnos después. Lo importante, señores, es no perder el entrenamiento del decir.

*Lo importante, señores,
es no perder el
entrenamiento del decir.*

Digo, entonces, que esta es la razón por la que escribo y de allí mi obstinación con la práctica del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, cuyo lema bien podría reformular la frase de Paul Verlaine para convertirse en la categórica "de la parole avant tout choses".

Por otra parte, "el sueño del pibe" en Argentina es el de ser un consumado diletante, ¿o no es acaso esa vocación de charlatanes la que nos hace escuchar fascinados las reflexiones políticas acerca del conflicto de Medio Oriente de la boca de Diego Armando y de otros tantos personajes legitimados por el

gusto popular? He aquí la segunda razón que me doy mientras escribo esta página: quiero ingresar en el club de los que opinan a riesgo de perderse el respeto a sí mismos.

A medida que el cursor avanza hacia el lateral derecho de la página, surge una nueva impresión sobre el asunto, que es más o menos la que sigue: es evidente que las revistas culturales se reproducen y proliferan a un ritmo tan vertiginoso que los diarieros - especialmente aquellos cuya zona de maniobras se da en las estaciones del subterráneo metropolitano- deben agregar ganchos y tarimas para exhibirlas casi obscenamente. Sin ir más lejos, cada martes al mediodía me detengo a observar atentamente los nuevos nombres que compiten por ser la vanguardia de las letras, el cine, el teatro, la poesía, el psicoanálisis y etcéteras.

*Quiero ingresar en el
club de los que opinan a
riesgo de perderse el
respeto a sí mismos.*

Me pregunto también cada martes -pero con más insistencia los días subsiguientes hasta llegar al sábado, cuando ya no pienso en nada- si siempre hay algo nuevo que decir, y aunque la respuesta poco importe, este espacio intuyo que habla por sí mismo.

Y si aún no han encontrado claridad respecto de estas letras, recomiendo un texto breve y de amena lectura: "De cómo el hambre me hizo escritor". Su autor como no podría ser de otra manera- es el gran Lucio V. ¡Chapeau, Mansilla! Y bla, bla, bla, bla,bla.

Vanesa Pafundo

Un trabajo

Lo acercaron al lugar y Lu nos hombres desconocidos le entregaron las claves. Tenía para una vida y estaba preparado, no se acordaba del sol ni de la familia, aunque la luz era débil. Las primeras conclusiones lo llenaron de esperanza, clasificó hasta

descontar varios años sin saber exactamente el día, la hora, en que miró los libros. Suponiendo el sistema, separando las señales, siete años bastarían para terminar. Dejó de lado la sintaxis, los lugares comunes que se le ocurrían asociando una idea a un pasado, un pasado a la posibilidad de la muerte: fue un trabajo lento de recortar, pulir, dejar pasar.

Si una idea se cruzaba podía

también clasificarla o dejarla en el archivo, no le faltó comida ni ropa. Sentirse solo no era algo incontrolable, tenía sus juegos, algunos ocios dejados al azar. Podía jugar con las cartas que aún estaban sueltas, contar las hojas que sobraban de la primera lectura, esperar el sueño mirando el instante en que ya no se sabía, o correr por las escaleras por todos los pisos disponibles. Armaba y

desarmaba titulares, frases que le llegaban por la ventana, de algunos chicos que iban al colegio. Concluído el trabajo sólo faltó una pieza, la precisa: la que habían guardado al dejarlo. Recordó que habían sonreído cuando cerraron la puerta principal, supuso que en esa sonrisa estaba la posibilidad y era inútil preocuparse.

Germán García

Salidas

De la estética del cubierto

Si está con ganas de comer milanesas, puede ir a la farola de Belgrano. Allí, sus chuchillos serruchito invitan al corte de la milanesa en porciones por demás generosas. Y no nos referimos a esos viejos cuchillos con mango de madera que tanta mugre suelen juntar, sino a esos nuevos que, sin perder eficacia para el corte, no se desentienden de la estética del cubierto como obra de arte. Las líneas azules que atraviesan al mango blanco, son una clara prueba de que la naturaleza fue sabia al elegir esa mezcla de colores para el cielo y las nubes. Y si bien la eficacia de estos cuchillos se pone en evidencia a la hora de cortar, también son muy útiles para untar. Es que las puntas redondeadas de los cuchillos permiten una buena distribución de los pequeños paquetes de manteca individuales que se sirven apenas uno entra, para amenizar la espera. Una sugerencia: pida una entradita discreta, con un poco de paté y leberwurst, así podrá disfrutar a pleno las cualidades untadoras de dicho adminículo.

Un tema aparte es la microtextura del mango.

Un tema aparte es la microtextura, casi imperceptible, con la que el mango está terminado. Muchos cuchillos caen en el error de una textura muy gruesa, casi rústica, que hace que luego de una larga comida nuestras manos queden sensibilizadas. Otros maestros cuchilleros pulen demasiado el mango, lo que provoca que luego de unos minutos de manipular el elemento de corte, sea prácticamente imposible sostenerlo firme sin un apoteótico esfuerzo. Este tremendo error trae como consecuencia un dolor que luego de una larga ingesta de comida puede terminar en una tendinitis importante. En resumen, si quiere pasar una velada adecuada, con cuchillos en sintonía con la comida que va a consumir, sin duda La Farola de Belgrano es el lugar que usted está buscando.

Mariano Quintero

Y Valeria abrió

Valeria llegó a su casa cansada. Se sirvió una cerveza ligera y abrió Pink Floyd. La llave en la cerradura la sacó del clima. Llegaba Andrés.

- Tenemos que hablar -subió él.
- Ya lo sé. ¿Entorno la música?
- Cómo no.

Valeria y Andrés llevaban diez años engomados. Algunos tiempos habían sido más fósiles, otros menos y otros tantos, bastante felices.

-Sabés qué pasa, Valeria, estoy cansado de amasar rutina con vos. Hace tiempo que no tengo espacio para hacerme.

-No te entiendo, Andrés. ¿Podrías ser más redundante?

-Digo que me embalsama el vínculo.

-Pero estamos bastante igual que hace un tiempo...

-No sé cómo estamos, Valeria, yo te digo como estoy, que es un montón.

-Por ahí, si arrugamos ahorros y nos vamos de viaje, desarmamos y listo... -propuso ella.

-No quiero desarmar con vos, quiero armar. Y sin vos.

-Sos inminente. Prendeme -Valeria le enfrentó un cigarrillo-. ¿Y qué querés armar, si se puede entender?

-No sé. Pero es mío.

-¿Entonces yo qué tengo que ver? Por mí, armá lo que quieras.

Valeria suponía que si lo que Andrés quería armar no le pertenecía a ella, entonces nada tenía que ver su presencia, claro, pero tampoco su ausencia.

Alejarla, era un problema que él solía plantearse siempre que no sabía qué hacer. Y por abocarse a solucionarlo, se olvidaba de armar lo suyo.

-Lo que quiero -continuó Andrés- es que veas cómo me estoy yendo.

-Te veo, te veo. Lo que no veo es que vayas a volver.

-Es seguro que no, pero quién sabe.

-Lo seguro es que si volvés no te dejo entrar -remontó Valeria.

- Tengo llave.
- Pongo la traba.
- Toco el timbre.
- No abro.
- Toco el timbre.
- No abro.
- Toco el timbre, toco el timbre, toco el timbre.
- Bueno, abro. Cómo estás y qué querés.
- Vengo a lavar la ropa.
- No te hubieras molestado, te agrade...
- Vengo a lavar MI ropa -la interrumpió.
- ¿Cerraron todos los LaveRap del mundo? - quiso saber Valeria, porque por ahí había paro planetario de lavanderías. De otra forma no se explicaba el regreso.
- Sí -dijo Andrés y puso el jabón en polvo en el compartimiento del suavizante.
- Dejame que te ayude -se solidarizó ella-. ¿Me extrañas?
- Bastante. No puedo armar nada sin vos.
- ¿Te comiste una reversa o qué? Yo no sé qué querés armar ni por qué, no cuentas conmigo para eso - hizo una pausa y siguió-. Yo también te extraño.
- No hablaron un rato más. Después, Valeria colgó la ropa y apagó el cigarrillo. Un minuto más tarde Andrés decidió que todo iba a ser distinto.
- ¿Qué te parece si arrugamos ahorros y desarmamos un viaje? - le dijo.
- Ahora no. Estoy armando -taladró Valeria.
- ¿Me voy?
- No hace falta, no estoy armando con vos pero tampoco sin.
- Me voy.
- No hace falta.
- Me voy pero voy a volver a tocarte el timbre.
- No te abro.
- Tiiiiimbreeeeeeee!!!!!!!!!!!!!!
- No te abro, Andrés. Entendolo: ya no hay nadie.
- Después Valeria abrió, pero abrió Pink Floyd y se sirvió otra cerveza ligera.

Yanina Bouche

Cecilia va al cine

Cecilia encuentra en el cine el pasatiempo que le permite sobrellevar su vida miserable. Golpeada por su marido, a quien mantiene en medio de la depresión de los 30', Cecilia logra enamorar (a la vez) a un personaje de una película y al galán que lo interpreta. Forzada a elegir, elige al actor antes que al personaje. Triste equivocación: el galán la abandona y ella vuelve a su abusador marido.

La película se llama *La rosa púrpura de El Cairo*, y sobre el final, Cecilia vuelve al cine. Ha sido abandonada por el hombre que ama, ha rechazado al personaje que la amaba, y, peor, debe volver a su vida gris. Pero en ese momento, la vemos a Cecilia en un primer plano: triste por lo que ha perdido, por lo que le espera, su rostro se ilumina con la luz que proyecta (fuera de campo) la pantalla de cine. Y entonces, lentamente, mientras hunde la mano en la bolsa de pochoclo, comienza a sonreír. Fascinada por las luces y las sombras, Cecilia se olvida de sus problemas (la pobreza, el marido golpeador e infiel) y disfruta.

El cine es "evasión": esa última escena afirma que lo bueno del cine es que mientras dura la "suspensión de la creencia" nos permite olvidar nuestras penas. Y el cine no es nada más que eso: un entretenimiento que nos permite fugarnos *de la realidad* (aunque todo hay que decirlo: la fotogenia de Cecilia inspira cariño instantáneamente. Digamos que, por verla a Mia sonriendo así, uno es capaz de componer un final canalla).

Se trata de una reafirmación de los lugares comunes más reaccionarios sobre las operaciones intelectuales del espectador: el cine, insiste ese final repitiendo a Adorno, consuela la conciencia alienada de la protagonista que, entonces, nunca se rebelará ante su marido y ante una situación injusta. Cecilia irá una y otra vez al cine para librarse, por esas horas que dura el o los films, de la opresión de su vida cotidiana; lo que eventualmente le permitirá soportar mejor la golpiza de su marido y le impedirá rebelarse. El cine de género, así leído, colabora servicialmente con una sociedad represiva y violenta, incorregible.

Otra historia: Danny Madigan, un niño fanático de las películas de acción de Jack Slater, puede entrar al mundo de celuloide gracias a un boleto mágico. Pero el boleto termina en las manos equivocadas y el malo de la película, Benedict, escapa al mundo real. Tras él van Danny y Slater. La imagen nos muestra un plano general de la sala *desde la pantalla*. En esta historia, Danny, el espectador de cine, no fuga desde la realidad, sino *hacia la realidad*.

Ahí donde Cecilia se quedaba en su lugar sonriendo aliviada, Danny y Slater salen corriendo al mundo. Ahora el cine no es el consuelo de una vida de miseria, es un lugar del que se pueden sacar herramientas, ideas, fantasías que pueden cambiar el mundo. El cine es una fuga que revierte fatalmente en el mundo. Por eso la historia de Danny y Slater es alegre, por eso *El último gran héroe* es un cine generoso.

Así, en el fondo, estas películas oponen dos modos de entender el cine: la mezquina sensatez de las buenas conciencias o la irresponsable generosidad de los aventureros.

Ezequiel De Rosso

Hallazgo

Un documental emitido por la BBC de Londres ha reflejado la existencia de una familia en Turquía meridional cuyos integrantes solamente pueden caminar con la ayuda de sus manos.

Las características de esta familia han sorprendido a los científicos. En principio les llamó la atención ese modo particular de desplazarse, inclinada la cabeza hacia el suelo, con una curvatura de 90° de su columna vertebral. Constataron que a la vez que adelantaban las piernas para caminar, apoyaban las palmas de las manos en el suelo. El apoyo de las palmas los diferencia de los primates, ya sean gorilas o chimpancés, que también se valen del apoyo de las manos pero por la zona de los nudillos.

Esa posición de caminata que les confiere un equilibrio precario, facilita la búsqueda de alimento, toda vez que su supervivencia depende de la ingesta de raíces y/o desperdicios que encuentran sobre la superficie de la tierra.

A la vez que las particularidades en la locomoción

los estudios realizados demuestran serios inconvenientes de la familia en la utilización del lenguaje.

Explica el documental que las relaciones sociales del grupo son endogámicas, lo que ha permitido conservar el misterio relativo sobre su existencia. Producido el "descubrimiento" por parte de los documentalistas ingleses, la comunidad científica ha comenzado a elaborar teorías acerca de cómo deben ser clasificados estos seres de características homínidas tan cercanos en la forma de conducirse con los primates superiores. Algunos investigadores se inclinan a pensar que han descubierto el eslabón faltante en la cadena zoológica. Otros, más cautos, reconocen la importancia del hallazgo en el aporte que pudiera resultar para determinar cómo fue que los seres humanos pasaron de la categoría de cuadrúpedos a caminar en dos piernas.

"Se trata de una ventana extraordinaria a nuestro pasado", sostuvo Nicholas Humphrey, psicólogo evolutivo de la London School of Economics. "No creo que hayan estado destinados a ser

cuadrúpedos por sus genes, pero su composición genética única les permite serlo", agregó.

Los integrantes del grupo familiar saben pararse de forma erecta, pero sólo por breves instantes y con las rodillas y cabeza doblados. Además, todos ellos dan muestras de sufrir un atraso en su desarrollo mental.

Los problemas que evidencian con el lenguaje son causados por una forma de subdesarrollo del cerebro conocida como ataxia cerebral, que determina que la familia en cuestión utilice para comunicarse un vocabulario limitado apenas a un centenar de palabras.

El documental completa la información acerca del grupo familiar revelando su predilección por el consumo de colillas de cigarrillo, y finalmente explica la actividad principal a la cual se dedica la familia y que a la vez constituye el canal de comunicación con el resto del mundo civilizado: la escritura de ficciones en torno a los evangelios, los caballeros templarios y el Santo Grial.

Roberto Gárriz

Las características de esta familia han sorprendido a los científicos. En principio les llamó la atención ese modo particular de desplazarse, inclinada la cabeza hacia el suelo, con una curvatura de 90° de su columna vertebral.

El fin de la tristeza

Había una vez un hombre parado en una esquina de la plaza de Mayo.

Por el color de la piel de su cara podía calcularse, no tanto su edad, como el tiempo que le quedaba hasta morir.

Las mangas de su largo saco gris, plateado de envejecimiento, terminaban dentro de los bolsillos. No llevaba más ropa. Sólo unas medias cortas de color impreciso y unos zapatos aplastados, casi sin talón.

Por un largo rato el hombre no miró nada, pero en un momento levantó la cabeza y clavó los ojos en lo alto del edificio ministerial, en la última ventana, ésa que se veía tan pequeña desde abajo, tan cerrada y que sólo emitía un reflejo parco, amarronado por el rayo atomizado del atardecer.

No dijo nada, no pensaba nada.

Abrió los brazos y dejó su cuerpo al descubierto.

Allí, en el lugar de su cuerpo, tampoco había nada. Sólo unos pocos huesos pringosos, a punto de sucumbir, mantenían la estructura mínima para sostenerlo en pie, doblando el desafío ante la extrema voracidad con que las infinitas larvas blanquecinas de esa peste lo estaban devorando. Caían robustecidas al piso, cada vez con menos apoyos en el esqueleto.

Detrás del vidrio de la ventana, en la oficina de la secretaria, envueltos en una nube de translúcido ámbar, dos hombres, abrazados, miraban hacia abajo. Lo miraban.

Uno, el más alto, parado detrás y que tenía sus pulgares enganchados en las presillas delanteras del pantalón del otro, preguntó si hacía falta una condena semejante.

El otro, más bajo y grueso, dijo que sí, que hacía falta. Que ni ése -lo

señaló con el mentón- ni nadie, podían darse el gusto de sufrir toda la vida. Levantó la voz y penduló la cabeza cuando dijo "toda la vida". Que darse el gusto de sufrir toda la vida es un lujo. Uno de esos lujos que había que prohibir y castigar. Así nomás. Y que él tenía el poder de ejecutar esa prohibición (lo que en definitiva había hecho).

Detrás del vidrio de la ventana, en la oficina de la secretaria, envueltos en una nube de translúcido ámbar, dos hombres, abrazados, miraban hacia abajo. Lo miraban.

Y agregó que había sido bien claro cuando puso fin a la relación con el que estaba ahí abajo, en la plaza -lo señaló con los labios-, que le había dicho que ése era el fin y le había ordenado ahora nada de sufrir y hasta le había pedido: no te pongas triste. Hasta se lo había pedido por favor: Por favor te pido no sufras. Porque le revolvía las tripas ver sufrir a alguien. No lo soportaba. Pero no hubo caso, dijo, cerrando los ojos un instante. Y que entonces le había dicho a ése, al que estaba allí abajo, en la plaza, que si no entendía lo que quería decir por favor, merecía que se lo comieran vivo los gusanos.

Y que así iba a aprender lo que quería decir: no sufras, no te pongas triste.

Nora Martínez

Días de fútbol en Parque Lezama

Desde hace un tiempo, mi hijo y yo nos acostumbramos a pasar casi todo el sábado y unas horas del domingo jugando a la pelota en el Parque Lezama, con amigos ocasionales que nunca tienen más de doce años ni menos de cuatro. Mi hijo acaba de cumplir seis. Los sábados estamos gran parte de la mañana y toda la tarde. Los domingos nos levantamos casi al mediodía, por eso el día se acorta.

Tres pelotas, tenemos. Dos nuevas y una bastante vieja, ya gastada, con la cuerina muy curtida. Las dos nuevas son de cuero, van a resistir más. También tenemos una de plástico pero no la llevamos al parque, es muy liviana.

Si no conseguimos ocupar una de las dos canchas de fútbol improvisamos los arcos a un costado de la calesita. Usamos ropas, ramas y piedras para señalizarlos. Además de los amigos ocasionales que completan los equipos hay cuatro chicos que siempre están por ahí, dispuestos a jugar con nosotros. Incluso creo que nos esperan. Ellos saben que en algún momento mi hijo y yo llegaremos con alguna de las pelotas. Y mi hijo, por supuesto, tendrá puesta la camiseta de Independiente.

Juego con ellos. Arranco de arquero pero enseguida no puedo contenerme y me voy arriba, a gambetear, a recibir patadas, a tratar de pasarle limpia la pelota a mi vástago para que él pueda

Yo me olvido que soy el adulto y puteo a los pibes que se equivocan en los pases o que no la pasan nunca. Los cuatro que suelen jugar siempre con nosotros son habilidosos, manejan bien la pelota, les encanta tirar caños. Especialmente me los tiran a mí.

hacer los goles más bonitos. Si no se la paso se enoja. Y me insulta. Todos nos insultamos. Yo me olvido que soy el adulto y puteo a los pibes que se equivocan en los pases o que no la pasan nunca. Los cuatro que suelen jugar siempre con nosotros son habilidosos, manejan bien la pelota, les encanta tirar caños. Especialmente me los tiran a mí, que, para qué negarlo, no soy un jugador muy agraciado. Muchos partidos terminan cuando alguno de ellos se cruza con mi hijo en una jugada complicada y lo único que puedo hacer es dar por finalizada la competencia para que no corra más sangre. Volvemos a casa enojados. Él se enoja conmigo por arrastrarlo y yo con él porque, en general, cuando se pone furioso, revolea alguna rama contra la cabeza de alguien. Antes de irnos saludo a un tipo flaco, viejo, de pantalón gris y mocasines, que observa todos los partidos, que da indicaciones y que, incluso, si lo deajo, arma los equipos. Lo llamamos el DT. Se pasa los fines de semana en el parque conversando con los pibes y retándolos cuando juegan mal. No siempre lo deajo armar los equipos. Tenemos concepciones diferentes. Él cree todavía en las posiciones fijas y le gusta jugar con wines y marcadores de punta. Yo prefiero el fútbol actual, con jugadores polifuncionales.

Al despedirnos nos saludamos con un suave apretón de manos.

Ariel Bermani

Zoología modesta

En *Movimiento perpetuo*, Augusto Monterroso empieza por las moscas y sigue con ellas zumbando a su alrededor hasta el final del texto.

La mosca es en general sólo una molestia, el motivo por el cual algún pariente revoleaba la servilleta en una sobremesa de domingo, mientras la mosca indefectiblemente se escapaba, y uno hubiera creído que no existía si no fuera porque la había visto (¿qué duda?) sobre la ensalada rusa.

Para Monterroso las moscas son otra cosa; las moscas saben. En principio decirlas en singular o plural es la misma cosa, porque una mosca es lo mismo que todas las moscas; vigilantes, siguen, observan y son, agentes encubiertos al fin de un alguien innombrable, aparentemente sólo una molestia (yo en la sobremesa evidentemente llego sólo hasta ahí).

Monterroso en cambio las atrapa en el aire y después las deja ir en medio del estruendo del boom latinoamericano para que hagan su tarea. Salen a recorrer 1972 y desde ahí miran el panorama, y se ríen de que el espíritu de investigación sin límites de los Estados Unidos y Europa haya descubierto “una especie de monos

hispanoamericanos capaces de expresarse por escrito”; y buscan infructuosamente palíndromos en los que Alfonso Reyes está a punto de ganar el Nobel; y enuncian los maleficios y los beneficios de leer a Borges; y tratan de deshacerse de quinientos libros, producto evidente de demasiados escritores amigos y demasiadas editoriales prolíficas.

En fin, las moscas de Monterroso, pura concentración de metafísica zumbona y molestia persistente, tampoco se toman demasiado en serio a sí mismas y, pudiendo ser la ballena de Melville o el cuervo de Poe, se deciden por una zoología menos solemne.

Aunque para Monterroso el problema no es la solemnidad, sino la desubicación en esa solemnidad, el simple ridículo, la estupidez. Conseguir no tomarse demasiado en serio, pero saber que hay cosas serias, saber incluso que eso a veces falla y sin embargo seguir escribiendo, seguir leyendo, eso es lo que vale la pena de Monterroso y sus moscas, y algunos otros animales.

María Martha Gigena

Para Monterroso las moscas son otra cosa; las moscas saben. En principio decirlas en singular o plural es la misma cosa, porque una mosca es lo mismo que todas las moscas.